

Los aeronautas de la cosmopista

Claudia Aréstegui



El 23 de mayo de 1982, Julio Cortázar y su esposa Carol Dunlop emprendieron una expedición mitad juego, mitad proyecto de libro que se desarrolló en la autopista París-Marsella. Con unas reglas bastante estrictas, partieron a bordo de su combi Volkswagen roja —llamada Fafner— a lo que sería uno de sus últimos viajes juntos.

Terminado el viaje, Cortázar (Dunlop murió unos meses después de su regreso) armó como libro el diario de viaje *Los aeronautas de la cosmopista* o *Un viaje atemporal París-Marsella* (Muchnick Editores, 1983). En él, los esposos narran con detalle lo que fue su viaje, además de regalarnos una serie de fotos, tomadas por ellos mismos, de la travesía. Esta es una crónica escrita por Fafner, el fiel dragón que los llevó ida y vuelta por lo que muchos tildaron de “una locura”: un juego de 33 días del que nosotros podemos ser testigos y acompañantes gracias a este libro.

Me llamo Fafner. No, no soy el guardián del tesoro de los Nibelungos, ni el dragón de Wagner. Soy un dragón que no bota fuego por la nariz ni sobrevuela fuera de sus cabales la torre de un castillo. Yo soy Fafner, un dragón de tierra que guarda en su interior un tanque de agua, un asiento-cama y en el que Julio, el Lobo, ha guardado su máquina

de escribir, algunos libros y vino tinto, entre otros artículos de primerísima necesidad. Soy un Volkswagen rojo; soy una casa rodante. Pero nosotros preferimos llamarme Fafner, el dragón.

Cuando Carol y Julio decidieron hacer la expedición por la autopista París-Marsella, sa-

bía que sería una gran aventura, como las que solo sabemos vivir los tres. Durante varios meses los vi discutir sobre lo que debían hacer, qué llevar, qué reglas cumplir durante el viaje, mientras yo imaginaba las grandes velocidades que alcanzaría dentro de la carretera, los paisajes que vería, las tierras que conquistaría. Debo confesar que me sentí un poco defraudado cuando me enteré de que solo recorreríamos dos paraderos al día, es decir, recorreríamos distancias muy cortas, lo cual no permitiría que yo alcanzara las velocidades a las que puedo correr.

Sin embargo, siendo el tercer y más importante actor de la expedición, no hice evidentes mis sentimientos y acepté que me cargarán con víveres de diferentes clases, insumos para preparar los tan necesarios aperitivos y un botiquín cuyo contenido preferimos no hacer público.

El domingo 23 de mayo de 1982 partimos bajo la lluvia a las 14:25 horas. Veintidós minutos después ingresamos a la autopista del sur para iniciar el recorrido que, según habían calculado la Osita y el Lobo, duraría treinta y tres días. Ninguno de los tres sabía qué nos esperaba en las pistas ni en los *parkings*. Habíamos tratado de mantener todo bajo absoluta reserva. Más allá de la carta que Julio y Carol enviaron al director de la Sociedad de las Autopistas de París, solicitando el permiso para estar en la autopista más de dos días, y el contacto que hicieron con algunos amigos para ayudarnos a sobrevivir a la inanición y

el escorbuto, no se avisó a nadie que nos internaríamos por más de un mes en un viaje digno de Cristóbal Colón, Marco Polo o del Capitán Cook.

Las reglas del juego estaban claras para todos: recorreríamos dos paraderos diariamente y dormiríamos en el segundo. Y bajo ninguna circunstancia debíamos salir de la autopista. Durante el trayecto, el Lobo y la Osita tomarían rigurosos apuntes de viaje a modo de observación científica y, finalmente, escribirían un libro. Yo, por mi parte, me comprometí conmigo mismo a escribir una pequeña crónica de viaje, pues nunca está de más conocer la perspectiva del dragón.

Cuando uno es dragón y va por la autopista, sabe que se encontrará con algún dinosaurio u otros seres de la especie. Quizá más grandes, quizá más pequeños. Y otros más familiares. Para mantenernos a salvo y poder conservar a salvo también a nuestros compañeros, estamos dotados, además de nuestros ojos frontales, de tres ojos —dos a cada lado y uno al medio— que miran lo que sucede detrás de nosotros. Estos múltiples ojos nos dan una ventaja superlativa frente a otros seres de la autopista como los viajeros, empleados de peaje o personal de limpieza pública.

Gracias a mis ojos pude divisar a diferentes distancias a estos otros dragones de los que hablo. Más de una vez los encontré en los *parkings* en los que parábamos. Dado que

somos seres que prefieren mantener su espacio, nos mantuvimos siempre a respetable distancia. Los lectores sabrán bien que los dragones preferimos estar solos, pues nos gusta dominar cierta porción de terreno. Sin embargo, sabemos respetar nuestros códigos y, en la mayoría de los casos, nos mantenemos un tanto separados. Es verdad que nunca faltan los terribles choques de dragones —algunos más aparatosos que otros—, los cuales se deben, en su mayoría, a dragones torpes, atolondrados, incapaces o que han tenido un mal día y no pudieron controlar sus reacciones. Eso no sucede conmigo. Me considero un dragón bastante paciente y junto a mis compañeros de viaje respeto todas las normas de la autopista.

Una de mis tareas como dragón es encontrar el mejor lugar para estacionar cuando llegamos a un parking. El Lobo y la Osita creen que son ellos quienes me guían hacia la sombra, hacia el mejor espacio, hacia la mesa de campamento mejor conservada, pero soy yo, yo quien en realidad los lleva hacia los lugares que mejor nos vendrán a los tres. Por supuesto, no son los únicos que buscan la sombra. Por extraño que nos parezca, hay días en los que bordeamos los cincuenta grados de temperatura y es lógico que un dragón, por más dura que tenga la piel y por más fuego que corra por su sangre, busque un poco de alivio bajo un árbol. Ahí, en los rincones más íntimos, bajo los árboles más frondosos, me integro al paisaje y descanso hasta que nos toque partir.

Y cuando salimos a la autopista nuevamente, puedo darme el lujo de agarrar un poco de velocidad, sentir el viento en mi cara y volar por el concreto hasta el siguiente paradero. Es un tramo corto, sí. Pero es el momento del viaje en el que soy más feliz. Julio y Carol en mi interior conversando, atentos a las salidas y a los demás seres de la autopista, y yo andando para continuar con nuestro viaje, que a veces tiene más forma de juego de la vida real que de un simple viaje. Durante esos diez o quince minutos que dura el camino entre cada *parking*, me esfuerzo por hacer menos ruido —o al menos hacer el ruido más placentero, como dulce—; me esfuerzo por que el Lobo y la Osita me sientan más liviano, que sientan, como yo, que volamos hacia nuestro nuevo destino.

Aunque nuestras reglas estaban claras, algunas veces tuvimos que romperlas, pues aparentemente se filtró alguna información y fuimos asediados por una serie de espías disfrazados de empleados públicos. En más de una oportunidad, la Osita y el Lobo divisaron a estos espías andando detrás de nosotros como si fueran obreros de la carretera, como si lo que los llevara a la autopista fuera algún asunto de ornato público y no el seguir nuestros pasos para infiltrarse en nuestro juego. Un día, un dinosaurio que transportaba a un grupo de espías disfrazados de obreros apareció en el *parking* donde despertamos. Inmediatamente levantamos nuestro campamento para seguir al primer *parking* del día. Sin embargo, el dinosaurio

llegó minutos después que nosotros. En lugar de quedarnos a almorzar ahí, como era costumbre, decidimos seguir al segundo *parking* y pasar el día entero en ese lugar. Terrible fue la sorpresa al ver cómo se repetía la misma historia del *parking* anterior. Fue en ese momento cuando los expedicionarios tuvieron que tomar una decisión. Visitamos un tercer *parking* para huir de los espías y no levantar sospechas. “Todo sea por el triunfo de la expedición”, se dijeron.

Si bien los humanos no me importan tanto —salvo Julio y Carol, ellos sí que me importan—, sé que para el Lobo y la Osita la compañía humana es siempre motivo de gratos momentos, charlas larguísimas, cafés interminables y alegres brindis. Por eso, cuando cada cierto tiempo llegaba una visita (Polanco y Calac los más frecuentes, aunque, si me preguntan a mí, nunca entendí a ese par), yo me alegraba por ellos, ya fuera porque los amigos eran parte del plan de auxilio que los salvaría del hambre y del escorbuto o porque venían a la mitad de la autopista a darles un día diferente dentro de la ya dulce rutina.

Cuando llegaban los visitantes, sin decir nada cerraba mis ojos y me quedaba reposando bajo la sombra que previamente había elegido. Antes de que se dieran cuenta, me quedaba profundamente dormido y me transportaba a un espacio tan lejano y tan mío que sería inútil describir. Tal vez fue en uno de esos descuidos —nunca lo sabremos— cuan-

do las hormigas empezaron a invadirme. Sin darme cuenta, una noche las hormigas empezaron a subir por mis llantas y fueron, en grupos de mil, hacia el salame, la manteca, las galletitas saladas y las bananas que habían sido compradas en la mañana para el arroz a la cubana del día siguiente.

A pesar de que Julio cree que no hay ser más admirable que una hormiga, sabe que estas, cuando actúan en grupo, pueden significar una de las más grandes amenazas de la humanidad. Lo que vino después del grito fue una hermosa coreografía durante la que se acabó, en un 100%, con las diminutas invasoras. Gracias a los dioses que las bajas fueron solo materiales y que, después de la contraofensiva, se pudo celebrar con un trago nocturno debidamente embotellado en Escocia.

Bien librados de las hormigas proseguimos nuestro camino a la mañana siguiente. Pero las aventuras no se terminaron con los espías ni con las pequeñas invasoras. Algo mucho más aterrador nos esperaba casi al final del viaje. En el paradero de Orange-le-Grès, los viajeros hicieron un terrible descubrimiento escondido detrás de los —aparentemente— más inocentes e inofensivos artículos del día a día de las autopistas. Conos de plástico que usualmente se usan para dar una advertencia o cercar un área, juegos infantiles, señales en los baños... todo eso no era nada más que la señal incuestionable de que estábamos rodeados de brujas.

Los conos, lo supimos pronto, no eran más que los sombreros de las brujas que ahí mismo habían sido ajusticiadas y enterradas de pie con la punta del sombrero escapando de la tierra. Esos "juegos para niños", no más que patíbulos, horcas y herramientas de tortura. Los dibujos en las puertas de los baños, simples distracciones para los más distraídos. Pero no pudieron con nosotros. Terminados nuestros asuntos en el *parking*, emprendimos la retirada. No había que decir nada para tener claro que no podíamos pasar más tiempo en un espacio tan estremecedor.

Treinta y tres días que se pasaron como una semana. Sin darnos cuenta, ya habíamos llegado a Marsella, teníamos que acostumbrarnos al bullicio de la ciudad, a la gente, al ir y venir de autos, a no ser los únicos en los espacios públicos. No negaré que algunas lágrimas

se derramaron después de que la Osita le dijera al Lobo "Oh, Julio, qué poco duró el viaje...". No se dieron cuenta, pero junto a sus lágrimas también cayeron las mías. Ellos secaron las suyas en un café y luego fuimos a descansar unos días en casa de sus grandes amigos, los Thiercelin. Pero la tristeza del fin de la expedición permaneció conmigo un tiempo más.

Podría terminar este texto con una nota triste. Cómo la Osita primero y el Lobo después partieron en otro viaje mucho más largo y con muchísimos *parkings* más, con otros dragones, otros espías y otras aventuras. Pero me quedo aquí, con el recuerdo de un viaje feliz. Un viaje en el que fuimos los tres los protagonistas de una aventura. Un viaje en el que fuimos expedicionarios y conquistadores, paisaje vivo de la autopista del sur.